

## MEMORIAS DE UN MÉDICO

Salud, ¡ oh mi anciano padre!  
 ¡ Oh mi mujer y mis hijos!  
 Salud, mi difunta madre,  
 Libre de afanes prolijos.

Amable, contento y manso  
 Busco ya en vuestro redor,  
 Tras el trabajo el descanso,  
 Tras de la ausencia, el amor.

Ya había caído la pierna sobre la cama y todavía seguía cantando el enfermo.

## II

## El alma y el cuerpo

Todos miraban al paciente con asombro y al médico con admiración, y aun hubo algunos que dijeron que ambos estaban locos.

Marat tradujo esta opinión al oído de Bálamo diciendo :

— El terror ha trastornado el juicio de ese pobre diablo, y ese es el motivo porque no sufre.

— No lo creo, respondió Bálamo, lejos de haber perdido el juicio, estoy seguro de que si yo le interrogase, nos diría el día de su muerte, si es que debe morir, ó el tiempo que durará su convalecencia, si ha de sanar.

Marat estuvo á punto de participar de la opinión general, esto es, de creer á Bálamo tan loco como el paciente.

Entretanto el cirujano ligaba presuroso las arterias, de las cuales salía la sangre á torrentes.

Bálamo sacó de su bolsillo un frasquito, derramó sobre un manojo de hilas algunas gotas del agua contenida en aquel frasco, y rogó al cirujano en jefe que aplicase aquellas hilas sobre las arterias.

El cirujano obedeció con cierta curiosidad, pues era uno de los más célebres cirujanos de aquella época, un verdadero amante de la ciencia que no repudiaba ninguno de sus misterios, y para quien la casualidad no

era más que lo peor que podía resultar de la duda.

Aplicó las hilas sobre la arteria, la cual se estremeció, empezó á hacer borbotones, y ya no dejó salir la sangre sino gota á gota.

Entonces, pudo ligar la arteria con la mayor facilidad.

Este resultado fué para Bálamo un verdadero triunfo, y todos le preguntaron en dónde había estudiado y á qué escuela pertenecía.

— Soy un médico alemán de la escuela de Göttingue, respondió, y he hecho el descubrimiento que acabáis de ver. Deseo sin embargo, queridos cofrades, que este descubrimiento permanezca aun secreto, porque tengo mucho miedo á la hoguera; y quiza el parlamento de París se decidiría aun á actuar una vez por tener el gusto de condenar á un hechicero á ser quemado.

El cirujano mayor estaba pensativo, y Marat extático y reflexionando, aunque fué este quien primero tomó la palabra diciendo:

— Hace un momento sosteníais que si interrogais á ese hombre sobre el resultado de esta operación, contestaría de un modo seguro, aunque ese resultado esté todavía oculto en el porvenir.

— Y lo sostengo aún, dijo Bálamo.

— Pues bien, veámoslo.

— ¿Cómo se llama ese pobre diablo?

— Havard, respondió Marat.

Bálamo se volvió hacia el paciente, cuya boca tarareaba aun las últimas notas de la melancólica canción.

— Y bien, amigo mío; ¿qué auguráis del estado de ese pobre Havard?

— ¿Qué auguro de su estado? repitió el paciente. Es preciso que vuelva de la Bretaña en donde estaba, y entre en el hospital general en donde él está.

— Eso es; ¡entrad, miradle, y decidme la verdad acerca de su estado.

— ¡Oh! está enfermo, muy enfermo; le han cortado una pierna.

— ¿De veras? dijo Bálamo.

— Sí.

— ¿Y ha salido bien de la operación?

— Admirablemente; pero.....

— ¿Pero qué? repuso Bálamo.

El rostro del enfermo se entristeció.

— Pero, continuó, tiene que pasar por una terrible prueba, la calentura.

— ¿Y cuándo le atacará la calentura?

— Esta noche á las siete.

Todos los presentes se miraron.

— ¿Y qué resultará de esa calentura? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! que se pondrá muy malo; sin embargo saldrá bien de ese primer acceso.

— ¿Estáis seguro de ello?

— ¡Oh! sí.

— Y cuando haya pasado ese primer acceso de calentura, ¿estará fuera de peligro?

— ¡Ah! no, dijo el amputado suspirando.

— ¿Conque le repetirá la calentura?

— ¡Oh! sí, y con más fuerza que nunca... ¡Pobre Havard! ¡Tiene mujer é hijos!

Y sus ojos se inundaron de lágrimas.

— ¿Luego su mujer va á quedar viuda, y sus hijos huérfanos? preguntó Bálamo.

— ¡Aguardad! ¡aguardad!

Y juntando las manos, añadió:

— ¡No, no!

En su rostro brilló una fe sublime.

— No, su mujer y sus hijos hanorado tanto, que han alcanzado de Dios su salud.

— Entonces sanará.

— Sí.

— Ya lo oís, señores; sanará.

— Preguntadle en cuántos días, dijo Marat.

— ¿En cuántos días?

— Sí, habéis dicho que él mismo indicaría las fases y el término de su convalecencia.

— No deseo otra cosa más que preguntarle sobre eso.

— Entonces preguntadle.

— ¿Y para cuándo creéis que estará curado Havard? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! la convalecencia será larga; esperad: durará un mes, seis semanas, dos meses; hace cinco días que ha entrado aquí, y saldrá á los dos meses y quince días después de su entrada.

— ¿Y saldrá de aquí curado?

— Sí.

— Pero no podrá trabajar, dijo Marat, y por consiguiente no podrá mantener á su mujer y sus hijos.

Havard juntó de nuevo las manos y dijo:

— ¡Oh! Dios es la suma bondad y lo remediará.

— ¿De qué modo lo remediará? preguntó Marat. Puesto que hoy me hallo aprendiendo, desearía mucho saber también eso.

— Dios ha enviado á su lecho un hombre caritativo que se ha compadecido de él, y ha dicho para sí: « Quiero que el pobre Havard no carezca de nada. » Todos los que estaban presentes se miraron, y Bálamo se sonrió.

— En verdad que estamos presenciando un espectáculo bien extraño, dijo el cirujano mayor, al mismo tiempo que pulsaba al enfermo, auscultaba su pecho

y le palpaba en la frente; este hombre está sonando.

— ¿Lo creéis así? dijo Bálamo.

Y lanzando al enfermo una mirada llena de autoridad y energía:

— Despertad, le dijo, despertad.

El joven abrió los ojos, aunque haciendo un esfuerzo, y miró con profunda sorpresa á todos los circunstantes, inofensivos ya para él, cuando antes le parecían amenazadores.

— ¿No se me ha hecho aún la operación? dijo en tono dolorido: ¿voy á tener que sufrir aún?

Bálamo se apresuró á tomar la palabra, porque temía la emoción que podía sentir el enfermo.

Sin embargo, no tenía necesidad de apresurarse, pues era demasiado grande la sorpresa de todos, para que ninguno se anticipara á él.

— Amigo mío, le dijo, tranquilizaos; el señor cirujano mayor ha hecho en vuestra pierna una operación que satisface á todas las exigencias de vuestro estado. Según parece, pobre mozo, sois algo flaco de ánimo, pues os desmayasteis ante el primer ataque.

— ¡Oh! tanto mejor, dijo el bretón en tono alegre: nada he sentido, y he tenido un sueño dulce y reparador. ¿Qué felicidad que no me corten la pierna!

Pero en aquel momento miró el infeliz la cama y la vió empapada en sangre, y la pierna mutilada sobre ella.

Entonces lanzó un grito y se desmayó.

— Preguntadle ahora, dijo Bálamo con frialdad á Marat, y veréis si contesta.

En seguida, llamando á parte al cirujano mayor, mientras los enfermeros conducían al desventurado mozo á su lecho, le dijo:

— ¿Habéis oído lo que ha dicho ese pobre enfermo?

— Sí, señor, que se curará.

— También ha dicho otra cosa; á saber, que Dios se compadecería de él y le proporcionaría con que poder mantener á su mujer é hijos.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! que ha dicho la verdad en esto como en todo; sed pues vos un intermediario de caridad entre vuestro enfermo y Dios: aquí tenéis un diamante que valdrá veinte mil libras poco más ó menos; cuando el enfermo esté curado, vended ese diamante y entregadle su importe. Entretanto, como el alma, según me decía con mucho juero vuestro discípulo Marat, tiene gran influencia sobre el cuerpo, decid á Havard así que recobre el conocimiento que está asegurada su suerte futura y la de sus hijos.

— Pero, caballero, dijo el cirujano no sabiendo si tomar la sortija que le presentaba Bálamo, ¿y si no se cura?

— Se curará.

— Entonces os daré un recibo.

— ¡Caballero!...

— Sólo con esta condieión tomaré una joya de tanto valor.

— Como gustéis, caballero.

— ¿Teneis la bondad de decirme cómo os llamáis?

— El conde de Fénix.

El cirujano pasó á la habitación inmediata, mientras que Marat confundido, anonadado, pero luchando todavía contra la evidencia, se acercaba á Bálamo.

Al caba de cinco minutos volvió el cirujano con un papel que entregó á Bálamo.

Era un recibo concebido en estos términos:

« He recibido del señor conde de Fénix un diamante, que segun él mismo declara vale veinte mil libras tor-

nesas, y cuyo importe debo entregar á un tal Havard el día en que salga del hospital general.

» Dado á 15 de septiembre de 1774.

» GUILLOTÍN, D. M. »

Bálamo saludó al doctor, tomó el recibo, y salió seguido de Marat.

— Se os ha olvidado la cabeza, dijo Bálamo, para quien la distracción del joven practicante de cirugia era un triunfo.

— ¡Ah! es verdad, dijo éste.

Y recogió su fúnebre carga.

Una vez en la calle, anduvieron de prisa y sin decirse una palabra, y cuando llegaron á la calle de los Cordeleros subieron juntos la pesada escalera que conducía á la buhardilla.

Marat, á quien no se le había olvidado la desaparición del reloj, se paró delante de la garita de la portera, si es que el agujero donde ésta vivía merecía el nombre de garita, y preguntó por la señora Grivette.

Un chico de siete á ocho años, raquítico y descolorido, le respondió con voz chillona:

— Mamá ha salido, pero ha dicho que si el señor venía le diésemos esta carta.

— No, amiguito, dijo Marat, le dirás cuando venga que me la suba ella.

— Está bien, señor.

Marat y Bálamo continuaron su camino.

— ¡Ah! dijo Marat indicando una silla á Bálamo, y dejándose caer sobre un banco de madera; ya veo que el maestre posee muy buenos secretos.

— Eso consiste, respondió Bálamo, en que quizá habré penetrado más que ningún otro la naturaleza y el poder de Dios.

— ¡Oh! exclamó Marat, ¿cómo prueba la ciencia

lo omnipotente que es el hombre, y qué orgulloso debe estar uno de ser hombre !

— Debéis añadir, y de ser médico.

— Así es que me envanezco de ver en vos un hombre tan sabio, maestro.

— Y eso, replicó Bálamo sonriéndose, que sólo soy un pobre médico del alma.

— ¡ Oh ! no hablemos de eso, caballero, pues la sangre que brotaba de la herida la habéis contenido con remedios materiales.

— Creía que mi mejor cura era haber hecho que el amputado no sufriese ; es verdad que me habéis asegurado que estaba loco.

— Lo ha estado momentáneamente, no hay duda.

— ¿ Á qué llamáis vos locura ? ¿ No es una abstracción del alma ?

— Ó del entendimiento, dijo Marat.

— No discutiremos sobre este particular ; el alma me sirve para designar lo que deseo, y encontrando la cosa poco me importa el nombre.

— ¡ Ah ! he ahí en lo que variamos de opinión, caballero, pues vos sostenéis que habéis hallado esa cosa sin buscar el nombre, y yo sostengo que buscáis el nombre y la cosa á la vez.

— Ya nos ocuparemos de eso : ¿ conque decíais que la locura es una abstracción momentánea del entendimiento ?

— Seguramente.

— Involuntaria, ¿ no es verdad ?

— Sí... Yo he visto un loco en Bicetre que mordía los barrotes de hierro, gritando : « cocinero, tus faisanes están tiernos, pero mal guisados. »

— Mas al fin admitís que esa locura pasa como una nube por el entendimiento, y que así que pasa la nube, el entendimiento recobra su anterior claridad.

— Eso no sucede casi nunca.

— Sin embargo, ya habéis visto que nuestro amputado recobró perfectamente la razón al salir de su sueño de loco.

— Lo he visto, pero no comprendía lo que veía ; ese es un caso excepcional, una de esas extrañeces á que los hebreos llamaban milagros.

— No, señor Marat, dijo Bálamo ; es únicamente la abstracción del alma, el doble aislamiento de la materia y el espíritu : de la materia, cosa inerte, polvo que volverá á ser polvo ; del alma, chispa divina encerrada un instante en esa linterna sorda que se llama cuerpo, y que siendo como es hija del cielo regresará á él cuando el cuerpo caiga.

— ¿ Entonces, habéis sacado momentáneamente el alma del cuerpo ?

— Sí, le mandé que dejara el sitio miserable en que estaba ; la extraje del golfo de sufrimientos en que la retenía el dolor para hacer que viajese por regiones libres y puras. ¿ Y qué es lo que quedó entonces al cirujano ? Lo que quedaba á vuestro escalpelo cuando quitasteis á la mujer muerta la cabeza que tenéis ahí, nada más que carne inerte, materia, barro.

— ¿ Y en nombre de quién habéis dispuesto así de esa alma ?

— En nombre del que ha creado todas las almas con un soplo, y no sólo las almas de los mundes, sino las de los hombres ; en nombre de Dios.

— En ese caso, dijo Marat, ¿ negáis el libre albedrío ?

— ¡ Yo ! dijo Bálamo, al contrario, ¿ qué es lo que estoy haciendo en este momento ? Mostraros por una parte el libre albedrío y por otra la abstracción. Os presento un moribundo abandonado á todos los sufrimientos, y ese hombre tiene una alma estoica, se anti-

cipa á la operación, la provoca, la arrostra, pero sufre; esto en cuanto al albedrío. Empero si paso cerca de ese moribundo, yo que soy un enviado de Dios, yo que soy el profeta, yo que soy el apóstol, y si compade-ciéndome de ese hombre, porque es mi semejante, saco con el poder que el Señor me ha dado el alma de su cuerpo que sufre, ese cuerpo ciego, inerte é insensible, se convierte para el alma en un espectáculo que contempla con los ojos de piedad y misericordia desde su límpida esfera. ¿ No habéis oído que cuando Havard hablaba de sí propio, decía: « el pobre Havard » y no « yo? » Pues era que el alma nada tenía que ver con ese cuerpo, porque se hallaba á la mitad del camino del cielo.

— Pero, según eso, el hombre no es nada, dijo Marat, y ya no puedo decir á los tiranos: « tenéis poder sobre mi cuerpo, pero ninguno sobre mi alma. »

— ¡ Ah! de la verdad pasáis al sofisma; pero ya os he dicho que ese es un defecto en vos. Dios presta el alma al cuerpo, es verdad; pero no lo es menos que durante el tiempo que el alma posee ese cuerpo, hay unión entre ellos, influencia del uno sobre el otro, supremacía de la materia sobre la idea, según ha permitido Dios, por miras que no conocemos, que el cuerpo sea rey ó que el alma sea reina; pero no es menos cierto que el soplo que anima al mendigo es tan puro como el que quita la vida al rey. He aquí el dogma que debéis predicar, vos que sois apóstol de la igualdad. Probad que las dos esencias espirituales son iguales entre sí, pues esta igualdad podéis establecerla con la ayuda de cuanto hay sagrado en el mundo; los libros santos y las tradiciones, la ciencia y la fe. ¿ Qué os importa que haya dos materias iguales, si con la igualdad de los cuerpos sólo os remontáis ante los hombres, y con la de las almas voláis en presencia de

Dios? Ese hombre amputado, ese ignorante hijo del pueblo, los dijo hace poco con respecto á su mal cosas que ningún médico se hubiera atrevido á decir; ¿ pero porqué? Porque su alma, libre momentáneamente de las ligaduras del cuerpo, se remontó sobre la tierra, viendo desde la sublime altura un misterio que nuestra opacidad nos impide ver á nosotros.

Marat daba vueltas y revueltas sobre la mesa á su cabeza de muerto sin saber qué contestar, hasta que al fin murmuró:

— Sí, en esto hay alguna cosa sobrenatural.

— Al contrario, natural; dejad de llamar sobrenatural á cuanto se desprende de las funciones y del destino del alma, porque estas funciones son naturales. Si dijerais que no son conocidas, eso sería diferente.

— No lo son para nosotros, maestre, pero para vos no deben ser un misterio. Los peruanos no conocían el caballo, y sin embargo era familiar á los españoles, que lo habían domado.

— Sería orgullo en mí decir que sé, y soy más humilde que todo eso, señor Marat: lo que digo es que creo.

— Y bien, ¿ qué creéis?

— Creo que la ley del mundo, la principal, la más poderosa de todas es la del progreso. Creo que nada ha formado Dios sino con un objeto de bienestar ó moralidad; pero como la vida de este mundo no ha sido calculada, ni admite cálculo, el progreso es lento. Según dicen las escrituras, nuestro planeta contaba sesenta siglos, cuando la imprenta vino como un vasto faro á reflejar lo pasado y alumbrar el porvenir; con la imprenta se acabó la oscuridad, se acabó el olvido, porque la imprenta es la memoria del mundo. Pues

bien, Guttemberg inventó la imprenta, y yo he vuelto á hallar la confianza.

— ¡ Ah ! dijo Marat irónicamente, ¿ quizás llegaréis á leer los corazones ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Entonces mandaréis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto deseaban ver los antiguos ?

— No hay necesidad de eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija inmaculada de Dios, me dirá todas las infamias de esa cubierta mortal que está condenada á animar.

— ¿ Revelaréis secretos materiales ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Me diréis, por ejemplo, quién me ha robado el reloj ?

— Rebajáis la ciencia á un nivel muy triste; pero no importa: lo mismo prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña; lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién os ha robado el reloj.

En aquel momento llamaron á la puerta, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien había vuelto, y cumpliendo con el mandato del joven irujano iba á llevar la carta.

## III

## La portera de Marat

La puerta se abrió y entró la señora Grivette.

Esta mujer, que no hemos tratado aun de bosquejar porque su figura era de esas que el pintor relega al último plano mientras no tiene necesidad de ella, esta mujer se adelanta ahora en el cuadro moviente de esta historia, y pide su puesto en el inmenso panorama que hemos emprendido desarrollar á los ojos de nuestros lectores; panorama en que colocar íamos, si nuestro ingenio igualase á nuestra voluntad, desde el mendigo hasta el rey, desde Calibán hasta Ariel y desde éste hasta Dios.

Vamos, pues, á tratar de hacer el bosquejo de la señora Grivette, que se destaca de su sombra y se adelanta hacia nosotros.

Era una mujer alta y seca, de treinta y dos á treinta y tres años, de color amarillo, ojos azules ribeteados de negro, tipo espantoso del deterioro que sufren en París, á causa de su miseria, de su asfixia incesante y su degradación física y moral, esas criaturas que Dios ha hecho tan bellas, y que hubieran llegado á ser magníficas en su completo desarrollo, como lo son en este caso todas las criaturas que pueblan el aire, el cielo y la tierra, cuando el hombre no ha hecho de su vida un prolongado suplicio, es decir, cuando no ha cansado sus pies con grillos, y su estómago con un